

R BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. K-HITO.—Madrid.

—Yo, doña Milagritos, he tenido la suerte de dar con un marido buenísimo. A él le gusta mucho el chorizo y, sin embargo, hoy al salir me dice: No te apures, nena. Si está caro el chorizo, que te den morcilla.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

7.—Enfermedad.

—Yo no soy un *prima-cuarta*, ja-cinto.

—¿Aunque te acompañe *tercia-tercia*?

—No: *Segunda terciá-cuarta*, Ismael con esa tropa...

—No puede: Tiene un ataque de *todo*.

8.—Metalcide.

MERIDIÓN

1511010

9.—Olla.

—No vuelvo a *segunda-prima* a ninguna mujer.

—¿Pues cómo es eso? Te ha engañado *segunda-segunda*.

—Me ha engañado *prima-tercera*.

—¿Y tú qué has hecho?

—Tírarle la *todo* a la cabeza cuando se disponía a preparar la cena.

10.—De América.

NOTA
NOTA
BORREGO

Para las condiciones de este Concurso véase nuestro número 131.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

11.—Medio cantar.

ARTÍCULO
PASTA LIMPIA METALES
Y
ARTÍCULO
RÉDITO

12.—¡El acabose!...

GOMA
CERVECERIA
A

CALZADOS LLORENTE

Carmen, número 25

Los mejores de Madrid.

A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.



CUPÓN

correspondiente al núm. 132

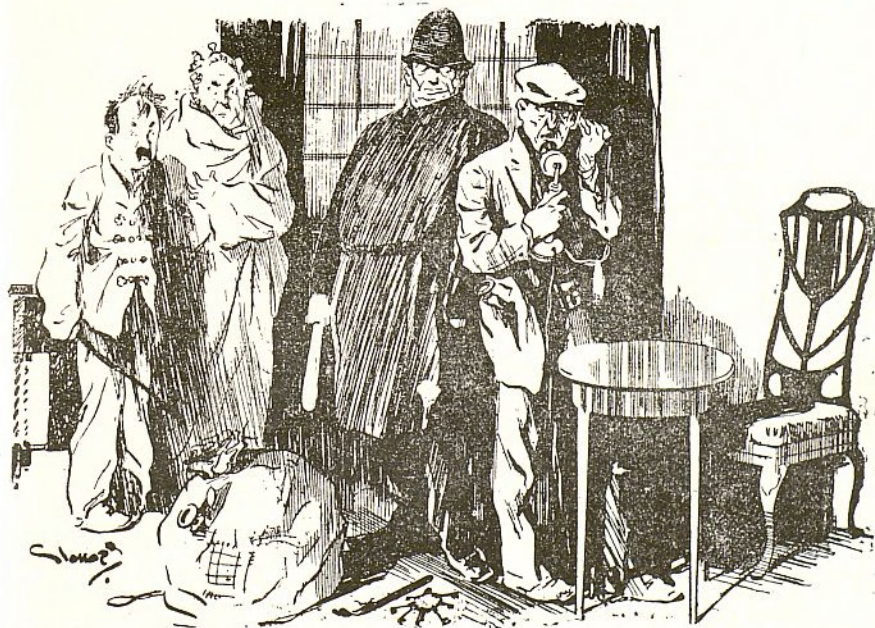
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

54150500

Por avería ocurrida durante la impresión de nuestro número anterior, ha aparecido incompleto el pasatiempo núm. 6, «Buen paje», que reproducimos:



EL LADRÓN.—Oye, Liza: me han cogido con las manos en la masa. Probablemente tendré para cinco años; no me esperes a comer...

(De The Humorist, de Londres.)

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :

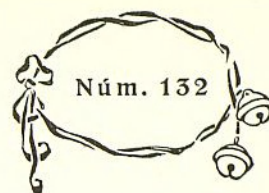


Su simpatía tiene un aliado
en la acción eficaz, suavidad exquisita,
delicioso aroma y agradable sabor de la
P A S T A D E N S

Úsela a diario y tendrá Vd. la boca sana,
la dentadura blanca y brillante y su son-
risa será más sugestiva y encantadora.

Tubo, 2 ptas. en toda España.

PERFUMERIA GAL. - MADRID



ALELUYAS NUEVAS

VIDA Y MUERTE DE DON MINÚSCULO



I

A muerto don Minúsculo.

La noticia, por su propia pequeñez, no ha llegado a nadie. Y eso que don Minúsculo ha muerto en condiciones que contradicen su vida, su minúscula vida, que tiene la perfecta insignificancia de la del buen ciudadano.

Don Minúsculo fué un poco feliz. Un poco nada más, como corresponde a su condición de insignificante. Y un poco desgraciado, en lo que la insignificancia suya le fué ventajosa. No era don Minúsculo ni pobre ni rico, ni guapo ni feo; ni torpe, ni agudo. De poca talla, eso sí, porque de haber sobrepasado a un hombre aun en este aspecto longitudinal tan poco importante, hubiese perdido un algo de su insignificancia.

II

Cuando, apenas sin molestar a su madre, nació don Minúsculo, no pudo criarlo, la buena señora, porque la Naturaleza, ante la insignificancia del recién nacido, retiró a su madre la leche de sus pechos. Y don Minúsculo—Minusculito entonces—bebió en un biberón muy pequeño, además, los primeros sorbos de la vida.

El padre de don Minúsculo, hombre de muy buena fe, cuidaba del pequeño biberón. A don Minúsculo, consiguiientemente, le crió su padre, que durante el verano hubo de encomendar estos menesteres a una cabra raquílica y benévola. Don Minúsculo heredó de la cabra el raquífismo y la benevolencia, y la buena fe de su padre y del biberón.

III

Fué don Minúsculo a una escuela insignificante y ele-

mental. Allí aprendió a leer y a escribir y otras pequeñeces por el estilo. Como le costaba un gran esfuerzo trazar las mayúsculas, que le parecían además unas letras demasiado impertinentes, renunció a ello, no obstante las admoniciones del maestro, hombre sometido a la tiranía ortográfica, porque ése era su deber. Pero, en definitiva, don Minúsculo no pudo vencer nunca el terror que le inspiraban aquellas letras.

Despertóse entonces un gran afecto hacia los vegetales. Y, finalmente, hubo de optar por la Botánica, desviándose de las otras ciencias...

La Historia le producía un terror especial. Se imaginaba a los héroes como una línea de letras mayúsculas.

IV

A su sazón casóse con una mujer como él mismo: ni guapa ni fea, ni pobre ni rica, ni roma ni aguda; pero tan baja, que para descubrirla el propio don Minúsculo veíase forzado a bajar la cabeza.

En los trámites matrimoniales sufrió uno de los quebrantos más serios de su vida. Un hombre de las covachuelas vicarias obstinábale en que don Minúsculo escribiera las letras iniciales de sus nombres con las mayúsculas que por fuero ortográfico les corresponden, cosa a la que don Minúsculo, no obstante su insignificancia, no se sometió. El cura mismo hubo de subsanar la ortografía, y hasta recomendó al de la covachuela que en lo sucesivo no enmendase la plana a nadie, puesto que para eso estaba allí el cura.

V

No le dió hijos a don Minúsculo su tierna esposa, que, sin ser ejemplo de virtudes domésticas como la madre de don Minúsculo lo fué, tampoco le puso en trance de recordar el género de aditamentos con los que su nodriza se adornaba, nodriza de la que don Minúsculo heredó, sin duda, eso sí, su amor a los vegetales.

Sin duda, por su competencia en estos estudios, le dieron un destino en Gobernación, ya que la norma de la vida es alejar a las gentes de sus aficiones. No obstante, fué don Minúsculo un oficinista ejemplar, como corresponde a su condición. Para él pasaron los años entre el hogar, la oficina y el reposo dominiguero.

Su existencia fué una equidistancia de domingos.

VI

Un día hicieron a don Minúsculo secretario de un Gobierno civil, un Gobierno civil



Dib. SILENO.—Madrid.

tan insignificante que el gobernador no encontró hasta entonces un hombre tan modesto que aceptara su secretaría. Y allí permaneció don Minúsculo hasta su muerte, que fué el único hecho ruidoso de su vida cóncava.

VII

Don Minúsculo murió víctima del vuelco de un auto—del auto del señor gobernador, naturalmente—, igual que un distinguido *spormant* o que un hombre superfluo.

Su cadáver, muy bien embalsamado en una caja de caoba que pagaron con fondos del material, pusóse en la capilla ardiente improvisada en el salón del Gobierno civil.

Doblaron las campanas en un inabarcable péroli fúnebre que pagó el contratista de juego del Casino de la Unión.

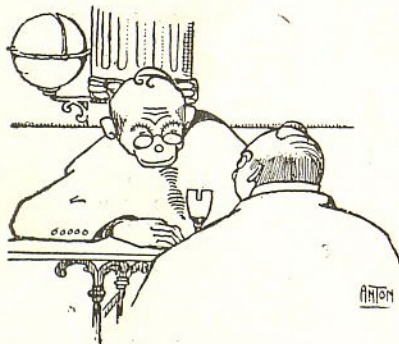
Toda la ciudad, compungida y sollozante, destilaba pompa fúnebre.

VII;

Artículos necrológicos. Coronas. Discursos imponentes. Crespones negros en las colgaduras del Casino de la Unión. Sufragios. Homenajes a la muerte, de las fuerzas vivas. Odas en *El Eco* y en *El Faro*, decano de la Prensa local el primero y el de más circulación de la provincia el segundo. Con aquella muerte perdió don Minúsculo su fisonomía antes de la descomposición.

IX

Consignemos, no obstante, que en el accidente hubo otra víctima, y que junto al féretro de caoba de don Mi-



Dib. ANTÓN.—Valencia.

—¿Usted tendría algún inconveniente en mandar a sus hijos a estudiar al extranjero?

—Sí, señor; un gran inconveniente: ¡que no tengo hijos!...

núsculo había en el salón otro de ébano mucho más pesado: el del señor gobernador, sobre el que iban cayendo todas las oraciones fúnebres hasta el aburrimiento.

En el féretro siguió don Minúsculo cumpliendo las obligaciones de su secretaría.

X

Don Minúsculo sucumbió un martes. Hasta entonces no descansó nunca entre semana, como nunca había comido entre horas.

CEFERINO R. AVECILLA

LA FLOR DE LA FIESTA

Ya la fiesta que el nombre de la Flor tiene se celebró este año... Y ¡hasta el que viene! Como todos los años, mi amiga Clara (fiesta por lo mimosa, flor, por la cara) fué a pedir por las calles muy peripuesta, porque es especialista para esta fiesta.

Sí, señor; anualmente la tal chiquilla usa las negras blondas de su mantilla como tela de araña que reconcentra junto a sí los moscones que al paso encuentra. Puesta a pedir monedas a los señores, los atrae con encantos fascinadores, y después de atontarles de puro guapa, los pincha en el morrillo de la solapa. Clava con mimo en ella la florecita y en el alma los ojos, y no los quita mientras el agraciado con bromas tales no suelta sus dos perras... o sus dos reales.

¡Y pobre del que pasa bien trajeado y con aire y aspecto de potentado! Porque usando del medio más elocuente los redaños le saca bonitamente... (aunque engañan a veces las apariencias, pues, estén bajas o altas las subsistencias, señorones que viven con mucho brillo, ni un botón depositan en el cepillo).

Con afán, por las calles, pide esta chica pálida y delgaducha, pero tan rica, que ante lo interesante de su presencia realmente es imposible la resistencia...

Esta es la postulante, flor de la fiesta, que a los que coge a tiro tanto les cuesta y a los tuberculosos su amor dedica, siendo tuberculosa también la chica..., ¡y eso que va tan tiesa y es tan airosa que tiene más de túber que de culosa!

Ya pasó de las flores el grato día. Si el año venidero va el alma mía con la flor, dadla un duro, si es que os lo pide, ¡y veréis la sonrisa con que os despide, como el año presente, la pobre Clara, fiesta por lo mimosa, flor, por la cara!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA CORONA

Mi amigo, terminada la relación de sus desgracias, quedó silencioso unos instantes. Esperaba, sin duda, un con-miserativo comentario, y como yo no lo hiciera, creyendo así respetar más su dolor, me dijo súbitamente:

—Comprenderás que no me queda más solución que suicidarme.

—¡Qué bruto! Eso no es una solución—y, un poco inquieto por el gesto decidido con que mi amigo acompañó su afirmación, me extendiendo en consideraciones morales refutadoras del suicidio: Eso es una cobardía indigna de ti, Jaime. ¿Y la lucha contra las adversidades? ¿Y el temple de ánimo que todo hombre equilibrado debe de tener? ¿Acaso unas cuantas contrariedades tienen como única solución posible la muerte?

Mi amigo no hace caso alguno de mis palabras; está dolorosamente ensimismado, y yo depongo mi actitud moralizadora al encontrarme un tanto ridículo. Rápidamente intento ganar el terreno perdido con un medio que da resultado la mayoría de las veces: el de asentir a sus propósitos.

—¡Pobre!—murmuro. Tus desgracias, en efecto, son tan abrumadoras, que el remedio que a ellas has decidido poner, no por más desesperado es menos cierto. El suicidio es para ti una liberación.

He logrado lo que me proponía. Mi amigo escucha atento, y me parece advertir en su rostro un ligero gesto de asombro. Continúo:

—Tu suicidio te igualará a todos los grandes hombres que supieron despreciar desdeñosamente la existencia. Yo presidiré el acompañamiento de tu entierro y tendré bellas frases para tu proceder glorioso.

—Gracias.

—Con nada podré pagarte la satisfacción de tener un amigo suicida. En el coche mortuario se destacará una corona, la más bella que encuentre, y que será como prueba de la amistad que nos ha unido en esta vida...

—¿Una corona? ¿Pero tú no sabes que a mí me parece una cursilería el adornar el coche fúnebre con esos marrachos? Te ruego que desistas de ello.

—No desistiré. Estoy convencido de que la corona, por su belleza y elegancia, demostrará que soy un hombre de exquisito gusto, y no quiero perder una ocasión de que se me admire.

—¿Pero te consideras con gusto suficiente para elegir una corona un poco aceptable? ¡Bah!

He creído necesario mostrarme un poco ofendido.

—Será una maravilla—aseguro seriamente.

—Habría que verla, hombre.

—Bien, la verás. Iremos ahora mismo a encargarla. No quiero disgustarte después de muerto.



Hemos recorrido varios establecimientos de pompas fúnebres. Ante nuestros ojos han desfilado coronas de diversos tamaños, construídas con infinidad de flores y alguna de ellas con manifiesto buen gusto. Sin embargo, mi amigo desprecia todas. Aquella por raquífica, esta por chabacana, esa otra por demasiado llamativa...

—No, no es esto lo que buscamos—repite incesantemente—. Muéstrenos algo más.

—¿Les agradaría una corona de pensamientos y hojas negras?

—No.

—¿Acaso de azucenas, de camelias o de rosas blancas? Las podríamos hacer.

—Tampoco.

—Estoy seguro de que el muerto no pondría tantos inconvenientes.

Pero ha quedado mudo de asombro ante la contestación de mi amigo:

—El muerto, soy yo.

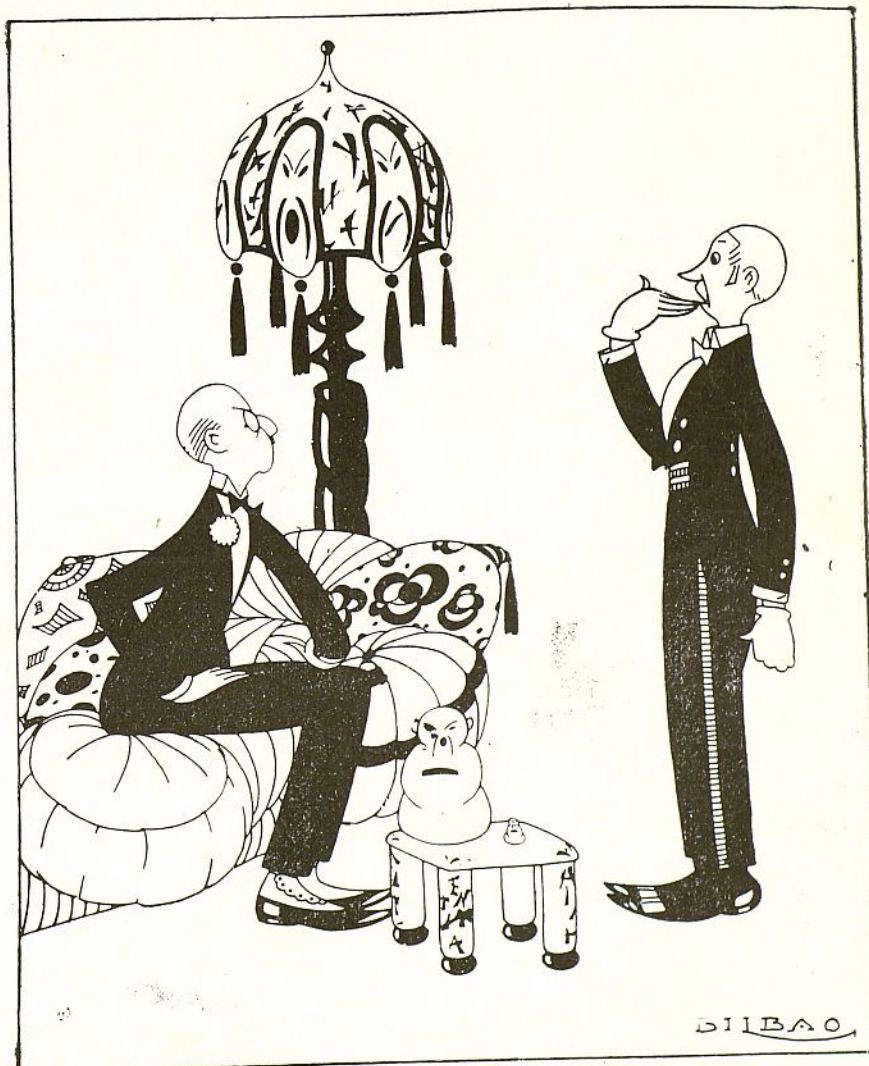


Cerraron las tiendas y, como no hubieran sido de nuestro agrado las coronas vistas, quedamos citados para el día siguiente, en que continuaríamos nuestra busca.

Jaime faltó a la cita.

Hace pocos días le vi por la calle. Marchaba alegre, piropeando a las mujeres que pasaban junto a él. Le llamé, miró hacia mí, y, al reconocermé, aligeró el paso de tal modo, que a los pocos instantes le perdía de vista.

J. SANTUGINI Y PARADA



Dib. BILBAO.—Madrid.

—Tengo entendido que os quejáis de la cocinera. ¿Os da mal de comer?
—Sí, señor conde: ¡todas las noches nos hace migas!

ICUIDAD DE LOS NIÑOS!

—Mire, guardia, este niño parece que se ha perdido.

El digno municipal se acerca al interfecto, un chiquitín de cuatro o cinco años que, aturdido y plantado en medio de la acera, no sabe efectivamente qué partido tomar.

—Oye, pequeño, ¿qué haces aquí?

—¿Yo?

—¿Te has extraviado?

—¿Eh?

—Digo que si te has perdido.

—Yo quiero ir a casa.

—¡Justo! Eso es lo que te pregunto. ¿Dónde vives?

—En casa.

—¿Y en qué calle está tu casa?

—No lo sé.

—¡Pues buena la hemos hecho! No sé cómo dejan así a los chiquillos, sueltos e indocumentados. ¡Miren lo que les costaría a sus padres ponerles un papelito, prendido en el delantal, con

su nombre y domicilio y demás señas personales!

—Yo quiero ir con mamá.

—¿Cómo se llama tu mamá?

—Mamá.

—¿Y tu papá?

—Papá.

—¡Pero eso no son nombres, criatura! Eso son grados de parentesco. Y tú, ¿cómo te llamas?

—¿Yo?

—Sí, tú. Tu nombre... ¿Cómo es tu nombre?

—No lo sé.

—¿Cómo te llaman en tu casa?

—Pichín.

—¿Pichín?... ¡Vaya un nombre raro! No sabía yo que existiese San Pichín... Parece más bien cosa de perros que de personas. Dime, ¿vives en un piso o en puerta de calle?

—En casa.

—Eso ya me lo has dicho. Y en tu casa, ¿qué hacen?

—Nada.

—¿Tu padre no hace nada?

—Sí.

—¿Qué hace?

—Fuma una pipa muy grande...

—¿Nada más?

—Nada más.

—Vamos, será un pintor modernista. Por lo que veo, de este pobre Pichín no voy a sacar nada en limpio. Me lo llevaré a la Comisaría. Anda, pequeño, dame la mano y a ver si nos paseamos un poco.

El chiquitín comienza a marchar de la mano del municipal camino de la Comisaría.

—Tal vez nos encontremos con alguien que le conozca. ¡Dejar así abandonados a niños tan pequeños en una ciudad como ésta!... ¡Buen par de cataplasmas serán sus padres!

—Yo tengo sed.

—Espera un poco: aquí, adonde vamos, te darán de beber.

—Yo tengo gana.

—¡Sí que has salido a pasear desprevenido! Primero sed, ahora gana... ¿No se te ofrece nada más?

—¡Tengo un pipí!

—¡Canastos!... Mira, en seguida llegaremos y allí podrás satisfacer todos tus deseos.

—¡Estoy cansado!

—¡Ah, hijo! También yo lo estoy. Todos nos cansamos en este mundo. Unos, buscando a la mamá; otros, vigilando la demarcación, para que no falte el puchero.

—¡Tengo gana!

—¡Hola! ¿Parece que el recuerdo del puchero te abre el apetito?

—¡Tengo sed!

—Sí; ya me lo has dicho antes. Pero no podemos detenernos. Anda, es cuestión de un poco de paciencia.

—¡Estoy cansado!

—¿De verdad? ¿Quieres que alquilemos un coche o un automóvil?

—¡Quiero hacer aupa!

—¿Sí? ¡Caramba, hombre! Pues sólo faltaba que tuviese yo que cargar con este muñeco.

—¡Quiero hacer aupa!

—¡Pero no llores, majadero!... ¡Bona crianza le han dado sus padres! No sabe hacer otra cosa que pedir. Tiene sed, tiene gana, un pipí, aupa... No; para ser tan pequeño, no es floja calamidad el nene. Vamos, ya hemos llegado. Pasa por aquí... ¿Da usted su permiso? Señor comisario, aquí traigo un arrapiezo...

EL COMISARIO.—¡Hijo de mi alma y de mi corazón!... ¿Adónde vas con este tío?...

—¿Pero es hijo suyo? ¡Vaya, que tiene usted un niño encantador! Pues por muchos años, señor comisario...

VICENTE VEGA



Dib. PINILLA

ELLA.—Para poder casarte con esa millonaria vas a tener que trabajar.

EL.—Más tendré que trabajar si no me caso con ella...

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERÍA CAMPOS: Calle de Allén, 23



OLD. PACHIN.

- Ayer fuimos mamá y yo al Stadium, y qué casualidad: junto a n.f se sentó mi antiguo novio
 —¿Pero ya has regañado con Alejandro?
 —No: es que digo antiguo porque tenemos relaciones hace un mes!...

Ayuntamiento de Madrid

RAMONISMO

DE ETIQUETA

Cuando se lee esa advertencia suil al pie de una pancarta—¡cómo hago sufrir a la Academia!—hay muchos caballeros que se quedan fríos y pusilánimes. ¿Cómo van a asistir ellos de etiqueta, si no tienen otro traje que el puesto?

El conflicto de la etiqueta obligatoria se soluciona de un modo ingenioso cuando el etiquetero se pone un chaleco muy abierto, una corbatita negra y se dedica a la imitación persistente del esmoquin. Creen que se lo hacen creer a todo el mundo. Desde a los empleados de la entrada hasta al capitán general de la reunión, que les mira de arriba abajo. «Llevamos el esmoquin de la persuasión», piensan.

En la sala, plagada de gentes de etiqueta, se descubre a los coraceros de la reunión, que son los que lucen las camisolas durísimas cuyo apresto es de almidón invulnerable (veinte pesetas almidonar cada camisa).

En un rincón se ve al distraído que, por ponerse las corbatas sin consultar al espejo, lleva frac con corbata de pin-tas.

—Más allá se ve al que lleva el frac de

su bisabuelo, un frac estrecho, difícil, de faldones serios, lánguidos, llorones. Es un frac que ha sido arreglado para cuatro generaciones, siendo disminuído de tamaño a cada nuevo dueño, porque la raza había degenerado.

¡Qué triste es una reunión de etiqueta! Todos se sacan el pañuelo del faldón del frac, como si fuesen a llorar, como si fuesen a enjugarse una lágrima.

Todos ocultan algo: el uno la cartera en que lleva tarjetas de cuando era secretario del Centro Instructivo de la Salvación Nacional; el otro, que saca dos calcetines, son de distinto padre y de distinta madre; el otro, que el reloj no es suyo; el de más allá, que sus calzoncillos se han roto al bajarse a recoger un guante caído.

TÍA CARNAL

Ya parece que debía haber pasado la época en que a las tías se las llamase tías carnales.

Hay sobrinos impertinentes que se empeñan en proclamar que sus tías—sus pobres tías, generalmente flacas y asardinadas—son tías carnales.

—Es tía carnal mía—dice el sobrino impertinente, deslenguado, propalador.

—¡Ah!... Así es que tu tía carnal—exclama sorprendido el amigo que la conoce, y que no podía suponer eso, o

que sin conocerla se la imagina no pudiendo entrar en un tranvía, viniéndola chicos los portales, necesitando seis o siete paños para una falda.

Los niños gorditos, amanzanados, zangolotinos, son los que más tías carnales tienen alrededor en saludable compañía, dándole todo lo que pide, atracándole de bocadillos y de dulces.

EL DESEO TINTINEANTE

Hay conductores de tranvía que tienen unos deseos atroces de tintinear sus campanillas. No lo pueden remediar, y van llenando la calle de tintineos.

Hay en las farmacias unas pastillas que los conductores de tranvía conocen y que se llaman «Grageas antitintineantes del Doctor Muñoz».

Pero hay a veces algunos conductores

impenitentes e incurables que no dejan nunca de tocar la campanilla, y a los que acaba por tener que echar la Compañía, porque dejan afónicos a todos los tranvías de tanto tocarlos nerviosamente con el pie, y además van dejando a las calles frenéticas de tintineos innecesarios.

LA LEGACIÓN INENCONTRABLE

Me imagino a un hijo de un país de pocos habitantes que viaja por el mundo y un día necesita un documento otorgado por la Legación de su país, el país que desgraciadamente carece de Legaciones.

¡Qué excursiones a través de la ciudad buscando el escudo de su Legación y parándose ante todas las astas banderas!

Preguntará a todos los guardias dónde está la Legación de Araguira. Buscará en las guías. Tomará automóviles que tracen con su velocidad todo el plano de la ciudad. Escribirá cartas por el interior y lanzará a los continentales como a palomas mensajeras.

Nada. Nada. Hasta que al fin, cansado, falsifique el sello de Araguira.

CONTRASTES Y GREGUERÍAS

¡Oh paradoja! El día antes de morir había visto y comentado frente al escaparate de la funeraria la corona que unas horas más tarde le llevaban a él mismo.

...

Se sentía náufrago de la multitud si no llevaba un par de paquetes como calabazas que la hacían flotar en el mar de la circulación. Aquella flotación de su esposa, hacía que el marido no pudiese salir nunca a flote.

...

Ese cucurucho de papeles que lleva siempre en la mano el mal poeta, parece la licencia absoluta con que le han desalojado del reino de la poesía.

...

Hay una nube esponjada y fresca que merodea por el cielo en las noches de luna, y que es como la bolsa de los polvos de la luna.

...

Por la mañana temprano, recién abierto el portal en las casas con ascensor, los ascensores se desperezan subiéndolo y bajando sin interrupción durante un rato largo.

...

Los viejos viejos llegan un día en que no pueden abrir las puertas de sus guardillas, porque las llaves han perdido los dientes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—Pero tú, antes, ¿no eras paraguero lañador?
—Sí; pero ahora me he hecho del jazz-band.

CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

Hace ya cerca de dos años que venimos recibiendo en esta su casa una inmensísima porción de cartas, telegramas, marconigramas, avisos telefónicos, peticiones de consulta, citas en diversos cafés de Madrid, provincias y extranjero y hasta solicitudes para hacernos visitas de cumplido y de confianza.

Todas estas cosas tienen como único fin el consultarnos sobre la mar de asuntos, para cuya solución estiman los interesados valiosísimo nuestro consejo. Sabido es que los hombres bienhumorados solemos ser una mija filósofos y un poco certeros para juzgar los problemas de la vida. Hay sabios incapaces de sacar al prójimo de una duda; y hay, en cambio, señores que no han incurrido nunca en la majadería de tener talento (como un servidor de ustedes), que no tenemos inconveniente en dar soluciones para los más intrincados casos de conciencia y para los más pavorosos conflictos que se le puedan presentar a un ciudadano descuidado o pobre de espíritu.

Todo esto lo han sabido nuestros lectores y sus numerosos amigos, y, desde que lo han sabido, empezaron a llover consultas sobre nuestras espaldas y hoy resulta que ya no podemos soportar su peso y que nos lo vamos a descargar respondiendo inmediatamente a todo el mundo con la filosofía y el acierto que nos caracteriza.

No respondemos de que algunas de las soluciones que vamos a proponer a nuestros comunicantes para los problemas que nos exponen, sean fáciles ni cómodas de realizar, pero les aseguramos en serio que no hemos encontrado otras.

Y sin más por hoy, y con recuerdos a la familia, pasamos a contestar ordenadamente a los amables sujetos cuyas cartas tenemos a la vista.

BASILIO CEPEDA. MADRID.—El caso de usted tiene un facilísimo remedio, que nos parece mentira que no se le haya ocurrido. Dice usted que la irascibilidad de su esposa le ha costado ya seis vajillas, tres de doce cubiertos y tres de seis. Añade usted que no lamenta las erosiones que le puedan producir los platos, porque tiene la cabeza dura y no suelen ser graves; pero que le fastidian las roturas constantes que desnivelan su presupuesto. Pues el remedio lo tiene usted al alcance de la mano. La próxima vajilla cómprela de metal blanco; y, si le parece demasiado fuerte, de aluminio. Suponemos que, con esto, ya no se quebrará usted más la cabeza, como nos dice, pensando en la solución. La que es probable que se la quiebre a usted es su amante esposa, ¡pero usted lo habrá querido!

LUISITA CARRILLO. SAN SEBASTIÁN.—

¡Tiene usted razón, señorita! Lo que ha hecho su novio con usted no tiene nombre. Pero, para consolarla, la diremos que sabemos de otra mucho más desgraciada que usted, porque lo de ésta sí tiene nombre por desdicha. Se llama Manolito.

ANDRÉS PICAVEA. BARCELONA.—Sí, señor, para las mordeduras de los perros hidrófobos hay un suero antirrábico de seguro resultado. Pero para las mordeduras de las madres políticas no se ha inventado nada ni se inventará jamás. Fallecerá usted en medio de atroces dolores. Le acompañamos en el sentimiento.

GUMERSINDO ZAPATA. CUENCA.—Acu-

dir cuando le cita a uno un matador de toros, es ponerse en ridículo de un modo definitivo. Y si le cita a uno en la plaza, ya es el colmo. Le aconsejamos que no acuda si le cita, porque el ludibrio va a ser gigantesco.

DOLORES GRANDE. SEVILLA.—¿Que usted aspira a seguir el mismo camino que *Chelito*? No lo creemos difícil, pero se va usted a cansar de una manera atroz. Hay cosas que no son para todo el mundo.

LESMES PÉREZ. VALLADOLID.—¿Que adónde hay que acudir cuando un amigo le pega a uno un garrotazo en la cabeza?... Primero a la casa de socorro. Luego se lo cuenta usted a un



Dib. KÁÑEO.—Madrid.

—Le advierto, señorita, que los sufrimientos aumentan la inteligencia.
—¡Por eso le decía antes que tiene usted cara de sufrir poco!...

guardia. Y es fácil que el guardia le diga si debe usted ir a denunciar el hecho a la Comisaría o si es mejor que se vaya usted a la cama.

ARISTIDES ANDRADE. PAMPLONA.—¿Que qué hace falta para abrir una tienda de comestibles?... ¡Sencillamente, una llave!

PILAR SEGARRA. VALENCIA.—¡No, señorita, con arreglo a conciencia no puede usted llevar azahar el día de su boda! Pero, en vista de lo que nos cuenta de su prometido y primo carnal, opinamos que el azahar podría llevarlo él sin vacilación de ninguna especie.

PEPITA GALINDEZ. MADRID.—El cine más obscuro de la villa y corte es el Monumental. ¿Llo quiere usted más claro?...

Como pensamos que más claro no lo querrá usted ni a tiros, no le decimos cuál es el más claro.

Principalmente, porque más claro no hay ninguno.

CLEMENTE RICO. ALBACETE.—Deploremos que se haya quedado usted viudo; pero dado el amor desbocado que usted sentía por su esposa, nos parece débil el homenaje que usted la ha hecho. Colocar sobre la cabecera de su

cama un retrato de la difunta con un marco negro y rematarlo con una corona de crisantemos, es indigno de usted. Con una mujer adorada no se queda ni medio bien con un marco y una corona. Eso no vale un pimiento, como usted sabe. Y, además, se expone usted a que otra mujer a quien ame, le pague con la misma moneda, con lo cual haría usted un negocio que para qué vamos a hablar.

(Puede que se continúe.)

ERNESTO POLO

UNA DEFINICIÓN

Tuve yo un camarada en Primero de Derecho Civil Español que era el hombre más corto de alcances que jamás aula alguna pisó.

Se llamaba José Alonso Pérez y gozaba justa fama de *empollón*, pues pasábase el curso enterito, dale que te pego, zurra que te doy, con el libro a la vista *amarrando* de un modo terrible y enloquecedor, sin ver una triste corrida de toros, sin ir al teatro, sin ir al fútbol, sin entrar en un baile y mecerse al risueño compás de un *foxtrot*, ni tener una novia modista, ni tomar un *medio chico* con limón, ni poner dos pesetas de *pleno*, ni empeñar una vez el reloj, ni pasar apuros, ni burlar patronas, ni vivir de noche, ni dormir con sol... Para él era el texto su mejor amigo, y aprobar el curso su única ilusión.

¡Pero que si quieres! Tenía el muchacho mucho menos fósforo que un encendedor y en diez horas seguidas de estudio no lograba aprender la lección. A lo sumo, a lo sumo, aprendía dos o tres renglones... ¡y sanseacabó!

Eso sí, lo poquito que Alonso conseguía aprender ¡vive Dios! lo soltaba como un torbellino, como un fiero y terrible ciclón; pero, claro, a los pocos segundos, temblando de miedo, bañado en sudor, apagaba los épicos tonos de su ardiente y dogmática voz, y con lentiudes cada vez más grandes, se paraba en seco, sin apelación.

Al final del curso, nuestro catedrático me acuerdo de un día que le preguntó:

—¿Qué es un testamento?—Como un rayo, Alonso empezó arrogante la definición:

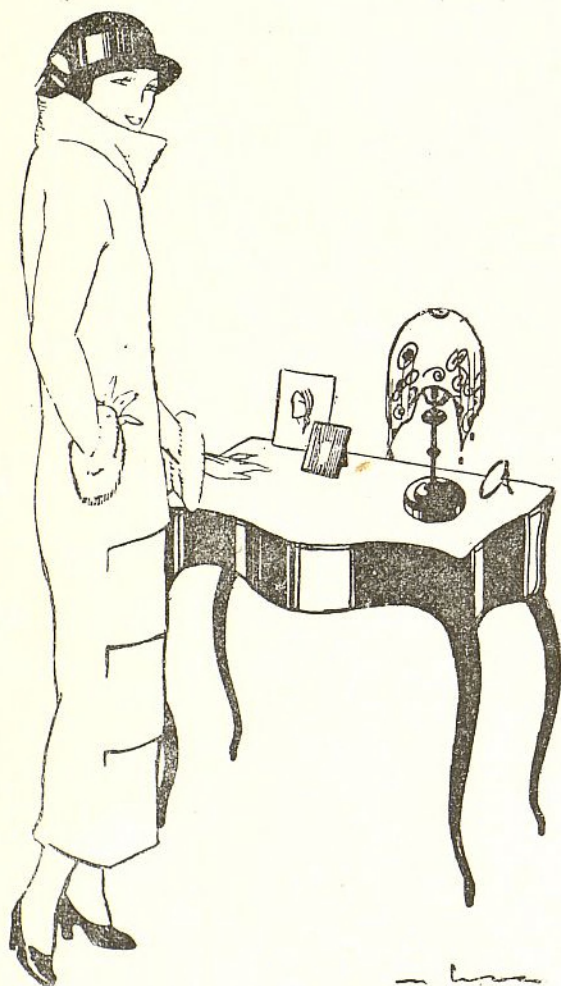
—Un acto solemne y personalísimo en el que se fija lo que el testador quiere que se haga... después de su... muerte... con... con... con... con... con... con... con... con... con... con...

Se atascó el muchacho, como de costumbre, y malhumorado, gritó el profesor:

—Tiene usted salida de potro francés y parada de burro español:

¡Alon... só!

José LUIS MENÉNDEZ



Dib. ULICA.—Madrid.

—Pues, señor: aun no sé lo que quería dar a entender aquel individuo que me dijo el otro día: «Amelia, tiene usted unas bases como para no entrar en concurso.»

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA "COMEDIANTA" Y LAS COMEDIANTRAS

La nueva comedia francesa estrenada en Lara y traducida al castellano por Eduardo Marquina, creemos que no llegue a figurar nunca en el repertorio de nuestras actrices.

Viendo representar la obra ya aventuramos esta, que ustedes calificarán de arbitraria, opinión, y mucho más si añadimos que *Comedianta* es una comedia interesantísima y de gran lucimiento para una actriz inteligente. Pero —insistimos— ya verán ustedes cómo la obra no queda incorporada a las listas de repertorio de nadie. Y vamos a razonarlo.

Comedianta es el drama silencioso de todas o casi todas las actrices que son y han sido; es la llegada de la vejez, cuando menos se la espera; es la amarga realidad que se antepone a remilgos y coqueterías y a las demás situaciones ridículas por que suele pasar la cómica antes de someterse a la ley natural de la vida, que es caminar hacia el fin.

Este párrafo filosófico y algo anticuado es más verdad que la luz que nos alumbra.

Hagamos la merced a las actrices de generalizar. Ninguna artista, más por mujer que por artista, confesará que le ha llegado su ocaso, ni que ha surgido otra actriz más joven que pueda empañar el brillo de su gloria; ni siquiera en las tablas admitirá tal hipótesis, que desde luego puede considerarse para ellas muy ofensiva...

¡Y todo esto, carísimo lector, ocurre en la obra francesa *Comedianta*! No parece sino que los autores han hecho una comedia sólo con el exclusivo objeto de vengar en toda la clase los agravios que puedan haber recibido de determinadas actrices.

Si no fuera descortesía manifiesta, yo escribiría ahora mismo la relación de mis buenas amigas las damas de diversas compañías que no harán jamás *Comedianta*...

Quiten ustedes a Aurora Redondo y a Carmen Oliver Cobeña—a ninguna de las cuales les va el papel de protagonista en la obra en cuestión—y las restantes pueden incluirlas en esa relación imaginaria que la cortesía me impide escribir.

Al tiempo, caballeros. Y hagamos constar, para salir al paso a los demasiado suspicaces, que el ilustre poeta Eduardo Marquina no nos da comisión alguna porque hagamos propaganda de su traducción y comprometamos a las actrices españolas en esta divagación intrascendente.

HAY QUE SER VERACES

Protesto contra un compañero. Días pasados, y con motivo de las fiestas organizadas para allegar recursos con objeto de salvar los frescos de Goya, se representó en Apolo el sainete de Ramos Marín, Ferraz Revenga y Guerrero, titulado *Lo que va de ayer a hoy*. Esto no tiene nada de particular aun; pero sí lo tiene, la referencia del festival escrita por un colega.

Dice poco más o menos:

Lo que va de ayer a hoy gustó, tanto, que se repitieron y aplaudieron números de las partituras que ni obtuvieron aplauso ni los honores de la repetición la noche del estreno.»

Y yo, que asistí a la función aludida, juro por mis hijos que no se repitió ningún número de la partitura; cosa que no es extraño como no sea porque no se parece ni de cerca ni de lejos a lo que contaba al día siguiente mi fraternal camarada...

¡Hay que ser veraces, por Dios!

UNA MALA NOTICIA

Tengo el sentimiento de participar a mis numerosos amigos, que Pepita Díaz de Artigas me ha estrenado con positivo éxito, en provincias, una comedia en tres actos que guardé mucho de buscar en Madrid al conocimiento y juicio de tan amados amigos.

Esta, por lo menos, se ha salvado; y si ello no es buena noticia para algunos, no les quepa a ustedes duda de que para mí es interesantísima.

José L. MAYRAL



Dib. MIL.—Madrid.

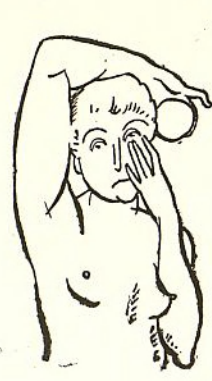
—¿Pero otro paquete? ¡Cuidado que te pones cargante, hija!

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1924



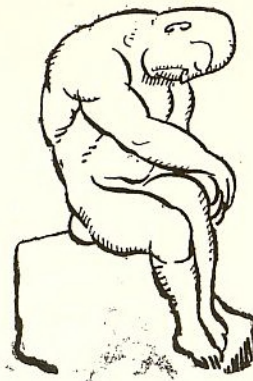
Núm. 580. Zubiaurre (Ramón de).

Shauti Andia (a) El Temerario:
—Sirimiri que le fienes, paraguas
que abrir, pues.



Núm. 653. Borrás (Gabriel).

¡Con lo que me está molestando una china que se me ha metido en este ojo!
¡No habrá un alma caritativa que me sople!



Núm. 667. Chicharro (José).

Un vencido de Gallipolis
que le ha dado torticolis.



Núm. 250. Hermoso (Eugenio).

El zagal es un pelmazo
que se está sin hacer nada
en vez de ayudarla a ella
a llevar la butifarra.



Núms. 284 y 285. López Mezquita (José María).

—¡Por qué me mirará así esa loba!



Núm. 703. Pizarro (Ignacio).

De España comenzó el saneamiento,
suspendiendo algún que otro Ayuntamiento,
y Pinazo, que es hombre de entereza,
ha cortado al alcalde la cabeza.
Porque es hecho notorio
Que hasta el arte secunda al Directorio.



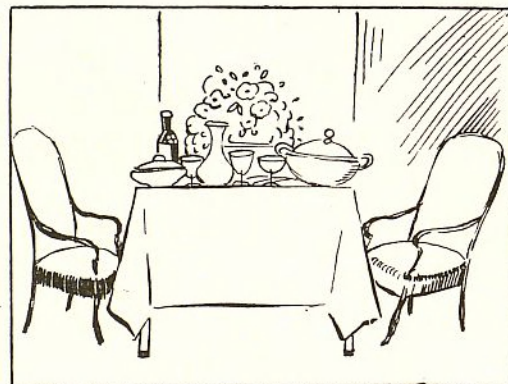
Núm. 455. Pla (Cecilio).

... porque hay muchos tiburones
de la mar junto a la orilla,
y vacaciones sin Kodak
son vacaciones perdidas.



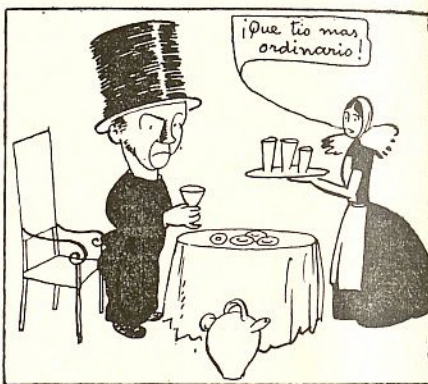
Núm. 9. Fernando Alberti.

La gente se pregunta
qué fiesta es ésta
y por qué estas muchachas
todas bostezan;



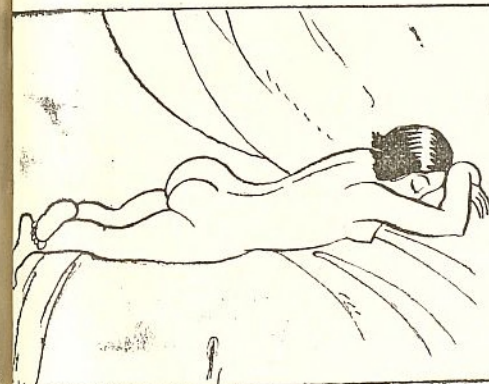
Núm. 314. Marfí Garcés (José de).

y la respuesta
es: porque están mirando
la mesa puesta.



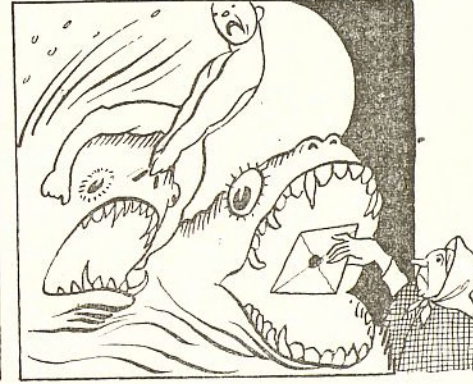
Núm. 405. Ortiz Echagüe.

Modelo de educación:
para sentarse a la mesa,
con una copa en la mano
y otra copa (1) en la cabeza.
Sombrero de...



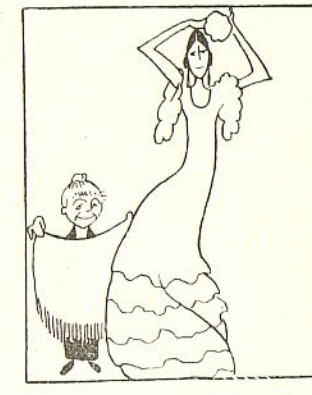
Núm. 548. Vázquez de la Varga (Pura).

La autora, para evitar
a la modelo el sonrojo,
esperó para pintar
que hubiera cerrado el ojo.



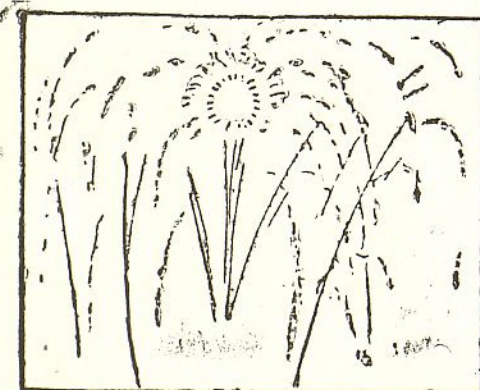
Núm. 167. Néstor.

Modelos bastante feos
para nuevos buzones de Correos.



Núm. 238. Grosso (Alfonso).

LA MADRE.—Como ustedes puen
[ver, mi creatura
a naide tiene envidia en la estatura.



Núm. 57. Bernareggi (Francisco).

Bonita fantasía
de fuegos de artificio en pleno día.



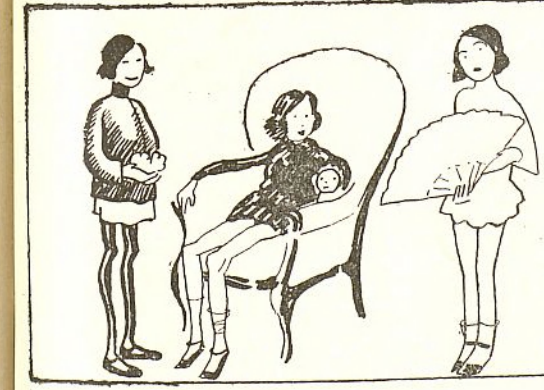
Núm. 27. Antonio 'Pedro'.

—¡Ya me va cargando este punto que me
va siguiéndolo!



Núm. 572. Tamayo (José M.).

Esta chica padece de nostalgia,
complicada con algo de neuralgia
y aguda crisis de pantorrillalgia.



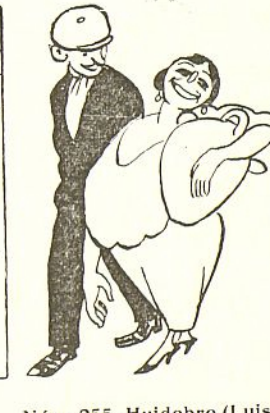
Núm. 139. Díaz Domínguez (Angel).

Auténtico retrato de las tres niñas desaparecidas.



Núm. 144. Durbán (Martín).

¡Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!



Núm. 255. Huidobro (Luis).

—¡Olé los cuerpos serranos!
Se parece usté al botijo
que sujeta con la mano.

(Se continuará.)

Dibujos de Ramírez.



Dib. BERNAD.—Barcelona.

—Pepe le dijo a Niní que si no se casaba con él se metía a fraile descalzo.
—Di mejor que Pepe sabe que Niní tiene ochenta mil duros y quería ponerse las botas.

PROBLEMAS SIN RESOLVER

¿PORQUÉ NOS GUSTAN LAS MUJERES?

Es indudable que resultaría muy curioso abrir un plebiscito nacional para averiguar porqué nos gustan las mujeres. No tengo noticias de que esto se haya hecho jamás en España, y es que el Estado español no se preocupa por las cuestiones verdaderamente transcendentales.

Hay una cosa indiscutible, una cosa que nadie me podrá negar y es que las mujeres nos gustan. Nos gustan, aunque en esto como en todo, haya sus

grados, desde el que pudiéramos llamar *ansia antropofágica* hasta el que podría denominarse *frialidad pombiana* (1). Existen individuos para quienes el amor es algo así como la lucha entre Lapitas y Centauros, y casi siempre suelen concluir por hacerse frailes o vendedores de mecheros autorizados. Otros ven en el amor un aleteo fugaz, jay, Higiniol; y para otros, en fin, el amor es un producto que sólo sirve para limpiar metales.

Porque es fuerza que confesemos

(1) Me refiero a la frialidad de los sorbetes y nunca a la tertulia, que tiene de fría lo que yo de vestal, querido y admirado Ramón.

que las mujeres no gustan a todos. Los que pertenecen a cierto gremio—por todo el mundo conocido—cuando están delante de una mujer comienzan a hacer pajaritas o a cantar *La Java*. Pero éstos son seres de excepción y tienen menos importancia que un «virtuoso» del oboe.

Al hombre normal le gustan las mujeres; a unos, les gustan para comérselas con arroz; a otros, para amarlas con una dulzura de benedictino añejo, a otros... Pero ya en un anterior artículo, que el lector conocerá seguramente, porque es hombre de paciencia probada, hablé de las clases de amor y si repito lo dicho me van a llamar cuco, ya que sólo los cucos suelen ser de repetición.

Hoy quiero ocuparme en determinar porqué nos gustan las mujeres.

No pretendo plasmar todos los gustos, porque para eso necesitaría cincuenta bobinas de papel continuo, sino únicamente poner de relieve los más generales y frecuentes.

Creo oportuno empezar por decir que a mí las mujeres me gustan por tres cosas; primera: porque toquen el piano a cinco manos; segunda, porque sepan de memoria todas las marcas de automóviles que circulan por España, y tercera, porque tengan el campeonato de Europa en el bonito juego de las cuatro esquinas. Es inútil dirigirse, aun sin reunir estas condiciones, porque se hace el ridículo: soy hijo de Sanlúcar de Barrameda y cuando se me mete una cosa en el *cachute*, no sale ni poniéndome boca abajo.

Después de estudiar a mis compatriotas como si fueran una lección de procedimientos judiciales, he venido a la conclusión de que a los españoles les gustan las mujeres por las causas que siguen:

PRIMERA: *por abundancia de tejidos*. Ojéese la calle de Alcalá de siete a nueve de la tarde, y hasta los prósbitos progresivos verán que lo que digo es cierto. Esas mujeres fornidas, que al transitar por las aceras, bambolean los edificios, son las que tienen aceptación mayor y provocan los homenajes fraseológicos ya sabidos:

—¡Viva Rubens!

—¡Vaya una mujer para la toma de Alhucemas!

—¡Por usted soy yo capaz de escribir una zarzuela española!

—¡Tiene usted un atril que no le sirve al maestro Villa!

Y otros desahogos semejantes.

SEGUNDA: *por abundancia de discos acñados*. Esto no lo dudará nadie. La mujer rica no se queda sin pareja jamás, a no ser que se muera a los seis años. Y es que el dinero es una cosa estupenda; estupenda y despreciable. ¡Hay que despreciarlo, señores! Yo lo desprecio de tal manera, que me paso la vida buscándolo con fatiguitas para, así que lo tengo, despreciarlo y gastar-

lo inmediatamente. Claro que esto de casarse con una mujer rica tiene sus inconvenientes, porque suelen ser más agarradas que una almeja, y si la señora es agarrada, las *agarradas* son frecuentes. Soy de opinión que no debo seguir agarrándome a esto.

TERCERA: *por el mal genio*. Esto es un poco incongruente, pero ya hemos quedado en que el amor es el alcaloide de la incongruencia. A casi todos los hombres les gustan las señoras de mal genio. Ahora los médicos nos hablan de la algolagnia para explicar tales fenómenos. No hagamos mucho caso a los médicos: son los reyes del camelo inconsciente. Lo cierto es que a cada bronca femenil el hombre suele enamorarse más, y yo me atrevo a aconsejar a las novias que me lean, que antes de acabar el artículo le sacudan una buena bofetada al novio, en la seguridad de que así se casa, y en el moflete derecho a ser posible.

CUARTA: *por los pies*. Mujer que tenga los pies bonitos, mujer que pisa el altar. ¿Que por qué? Por una afición masculina extendidísima (y que cuatro grullos confunden con otra cosa nauseabunda que nada tiene que ver con esto), que se llama pederastía. Hora es de que lo digamos; pederasta significa adorador de pies y nada más. El amor a los pies de las mujeres es más viejo que el mundo; quizás por eso, las españolas, que son tan listas y que tienen fama de poseer bases estupendas, se calzan maravillosamente. Os convencerá una frase que habréis oído en boca de todos los hombres al hablar de alguna muchacha:

—¡Qué bien está de piel
Y nunca falta quien agrega:
—Está bien de pie y sentada, porque es sencillamente colosal.

Finalmente:

QUINTA: *por la tontería*. Como el hombre español es el más ignorante del planeta—incluida la Polinesia—se perezca por las mujeres tontas, ya que de esta forma su ignorancia toma aspecto de sapiencia. Es un truco para aparecer siempre superior a los ojos de la mujer. Así cuando ella se queje, por ejemplo, de que le duele la cabeza, el dirá:
—Sí; eso es hipertrofia del epigastrio.
Y ella murmurará para sus adentros.
—¡Lo que sabe este Filomeno, Dios mío!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Divagaciones sin transcendencia

TARIFA AMARILLA

Yo he sentido caer sobre mi cabeza la indignación popular, tan inapelable como injusta. Ha caído sobre mí como si yo me hubiese atrevido a sacudir al-fombras después de las nueve.

Y, sin embargo, sufrí las iras de la

masa sin haber hecho nada malo. Esta es la verdad.

Lo explicaré.

Fué muy sencillo, muy sencillo y muy doloroso.

Mi amigo y yo detuvimos un *taxi* en el paseo del Duque de Fernán-Núñez (nadie, ni el propio duque de Fernán-Núñez llama así, por su nombre, al paseo de coches del Retiro. Sólo yo lo hago para hacer más impreciso el recuerdo de aquella tarde aciaga). Hay ocasiones en las que no podemos detenernos a observar la calidad del auto-

móvil desocupado, sino que hay que cazarlo al vuelo, por temor a que algún otro nos lo birle.

No se podía decir que el que tomamos fuese un buen automóvil. No, no se podía decir. Tampoco se podía decir que fuese un mediano automóvil; pero, a cambio de esto, y además de ser *Ford*, reunía varias cualidades que, por lo inusitadas en esta clase de vehículos, eran tan sorprendentes como gratas.

Por entre las rendijas que hacían las maderas mal unidas del suelo del co-



Dib. MATOS.—Madrid.

—Ven, monin, siéntate en mis rodillas.
—Pero ¿cómo me voy a sentar, si las tiene usted ocupadas con su barriga?...

che, se podían ver perfectamente los adoquines de la calle. A ratos, el automóvil se undulaba como un lagarto y, de pronto, la parte delantera corría más que los asientos de atrás, que se quedaban rezagados, y veíamos cómo el chófer se alejaba de nosotros y cómo, comprendiendo lo ligero de su conducta, volvía a acercársenos con un topetazo de cariño.

Los muelles de los asientos eran ya más consecuentes. Nada les hacía comprimirse y, así, se mantenían erectos y firmes. Sentarse sobre ellos era como sentarse en el asta de una bandera.

No daba el automóvil, a pesar de sus agitados vaivenes, impresión alguna de inseguridad. Por el contrario, los múltiples alambres y cordeles que por unos lados y por otros apretaban al total del coche las partes que amenazaban disgregarse, daban toda clase de seguridades. Aquello, para romperse, tendría antes que desatarse y nada tan difícil como desatar esos nudos concienzudos, de cuatro y cinco vueltas, en los que se pone tanto esfuerzo como para acertar una charada.

Pero no era todo esto el motivo de la indignación popular, ni tampoco el que el escape de gases no estuviese detrás, sino que se ocultara debajo de un asiento, para mayor sorpresa cuando comenzaba el humo a hacernos toser.

El mayor pecado de este *taxi*, o su mayor desgracia—el pueblo es menos indulgente con las desgracias que con los pecados—era pertenecer a esa clase de taxímetros llamados de *tarifa amarilla*.

Es temible, insospechada, la animadversión del pueblo contra los *taxis* de tarifa amarilla (tarifa popular, de 0.60 el kilómetro). Quizá el pueblo nos hubiese perdonado a mi amigo y a mí que fuésemos los secuestradores de las tres niñas, pero nunca de nuestra veleidat de tomar aquel pobre *taxi*, el peor *taxi* de Madrid, sin duda, pero por esto más digno de lástima que de encono.

No bien salimos a la calle de Alcalá, sentados en él y bailando al compás de sus ballestas, ya la muchedumbre que presenciaba un desfile de salida de los toros, nos señaló con el dedo y nos

colmó de alusiones envenenadas, de sornas crueles, de rumores, de esos rumores del pueblo que suenan dentro en los terceros actos de los dramas históricos.

Mi amigo y yo, avergonzados, ni nos mirábamos siquiera. El, para disimular, sin duda, meió un brazo por un escotillón que había detrás del asiento y estuvo largo rato libertándolo, con gran esfuerzo, mientras ya todo el pueblo tenía para nosotros una frase enconada.

—¡Vaya una birria!

—Tarifa amarilla... que gasta poco ¿eh?

—De sesenta el kilómetro... ¡Bonito y barato!

Esto, con mucha guasa, no se dirigía al automóvil, sino a mi amigo y a mí como culpables de haber tomado, clandestinamente, un *taxi* de tarifa tan mal considerada.

El chófer, por temor a que nos disgustase la actitud airada de la masa, y por ello abandonásemos el *taxi* sin llegar al punto de destino, volvía la cabeza y, guiñándonos un ojo, nos invitaba a tomar a broma todo aquello.

Yo, animado por la entereza del chófer, procuré sonreír.

No así mi amigo, que gemía y suspiraba por no poder sacar los últimos dos dedos, aprisionados por detrás del asiento.

Uno nos echó dentro del automóvil unas cáscaras de cacahute.

El chico de una carnicería despreció también nuestro *taxi*.

—¡Un Ford de sesenta, que corre poco el contador!...

Era para coger una enfermedad. Por todas partes, miradas despectivas, injurias y amenazas. No podíamos mirar a una mujer sin que ésta nos despreciase con la mirada, afrentándole después de nosotros con gesto de dignidad.

El chófer, para vengar sin duda los agravios sufridos, quiso atropellar a una niña que bailaba delante del automóvil en marcha, como lo haría delante de un espejo.

El pueblo nos increpó de nuevo. Tuvimos que ordenar al chófer que echase por una calle solitaria.

Cuando nos apeamos del *taxi*, cada uno por un lado, y disimulando como si saliésemos de algún sitio feo, nos reunimos mi amigo y yo y, sobre una fuente pública que había en la calle, junto a la acera, juramos, con las diestras posadas en el resorte, que nunca, nunca más, tomaríamos un *taxi* amarillo, para no provocar la cólera del pueblo.

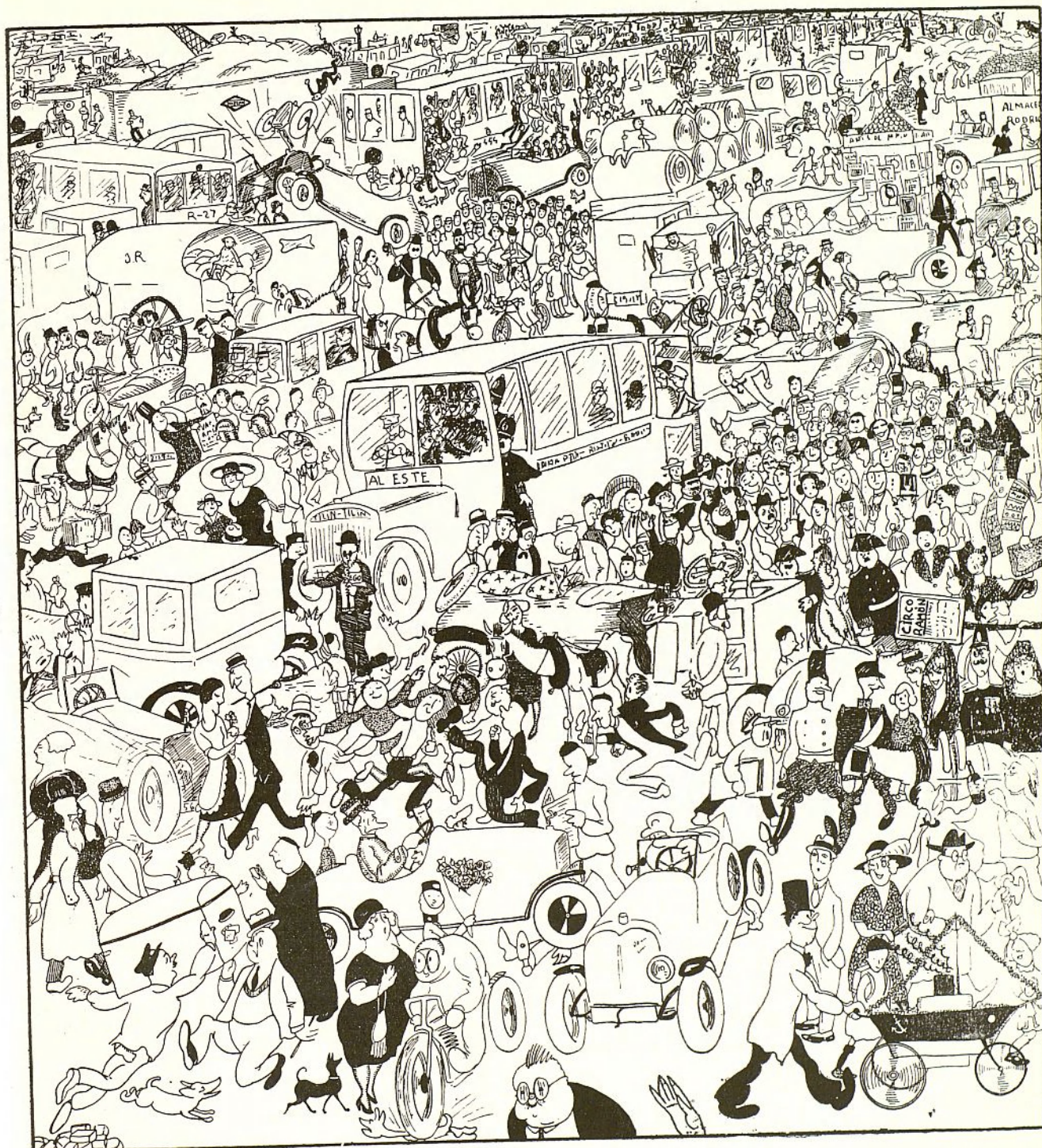
Y tanto apretamos al resorte, tan firme fué nuestro juramento, que de la fuente salió un chorro de agua, blanco, erizado y ondulado como la cola de un caballo.



Dib. VÍCTOR.—Madrid.

--Yo admiro a Rendueles porque sus novelas siempre me hacen llorar
--¡Eso la llevará a usted a admirar las cebollas!

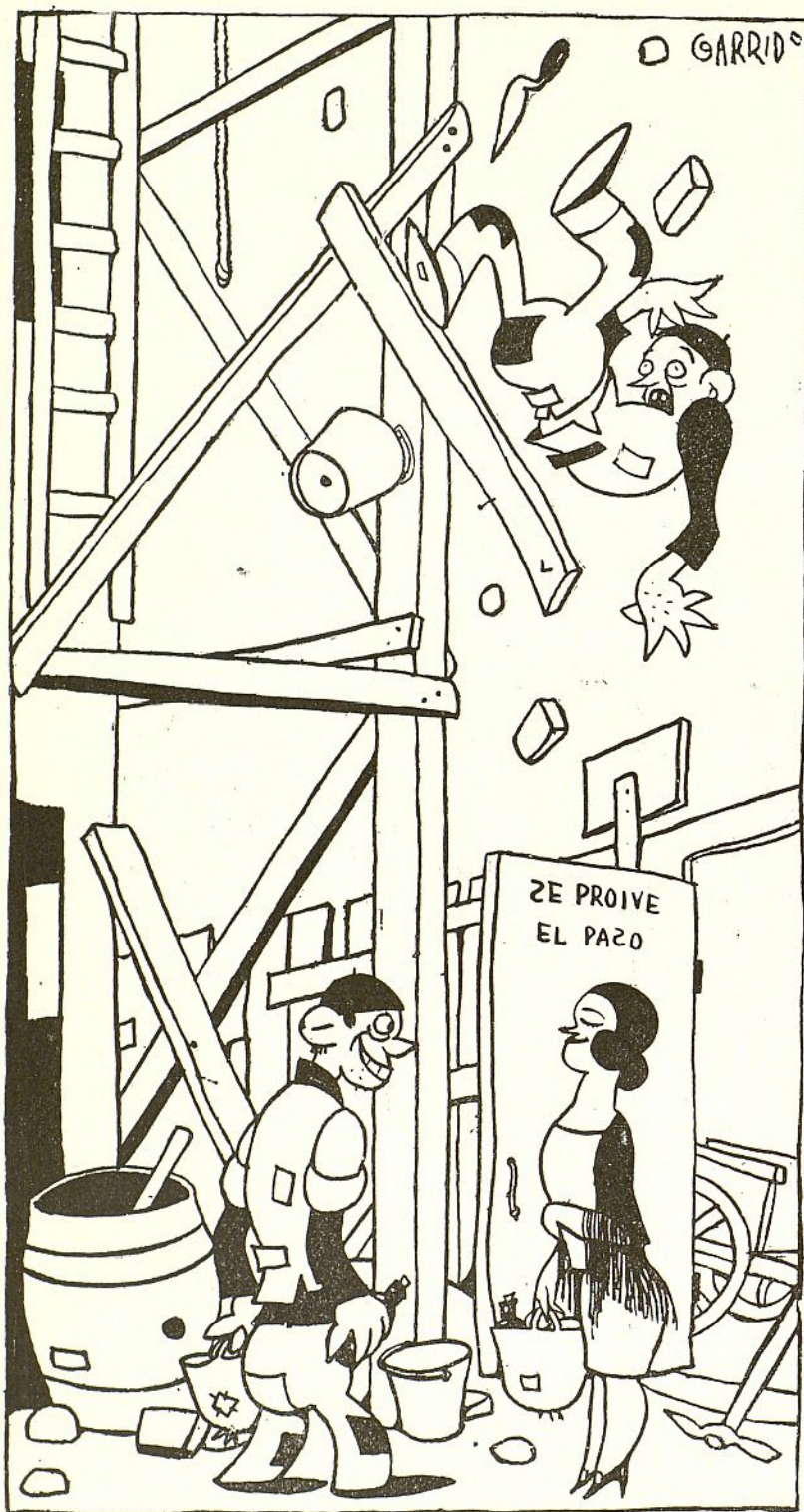
José LOPEZ RUBIO



Dib. BELLÓN.—Madrid I.

Aspecto de las calles, plazas y plazuelas de Madrid, una vez que se ha puesto orden en la circulación de peatones y vehículos

Ayuntamiento de Madrid



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Ha bajado ya mi padre?

—Entoavía no, pero está al caer..

UNA PORQUERÍA

A MI AMIGO TORCUATO DE LA CERDA

Hace tiempo olvidado lo tenía, pero hoy, por fin, me acuerdo de que pensé confeccionar un día una gran oda dedicada al cerdo.

Asuntos más livianos que he tratado hiciéronme seguir otro camino, pero hoy que, de repente, me he acordado quiero hacer unas trovas al cochino.

Inspiración, y gorda, es necesaria; pero a mi lira sin temor me agarro invocando a esa Musa extraordinaria que ha de dictarme un dulce canto al guarro.

Acentos necesito poderosos, mas surgirán ante mi anhelo terco y con múltiples giros cadenciosos elogiaré, cual él merece, al puerco.

¡Ah, cantar las desdichas de Melquiades es para mi estro bien sencillito y llano! ¡Fácil cantar de Maura las bondades! ¡Pero enorme hacer versos a un marrano!

Mas ahora que recuerdo: yo pensaba que, al pulsar de mi lira la áurea cuerda, más galante que al cerdo, resultaba dedicar mis estrofas a la cerda.

Es lógico y fatal que el bello sexo sea el primero ante la gente fina. Y por tanto, no es torpe ni inconexo que mi canto se eleve a la cochina.

No he de vacilar, pues; baja a mi mente, inspiración. Con cítara o guitarra quiero entonar mi endecha transcendente al peregrino encanto de la guarra.

Y tanto espero de mi ardiente trova que, al pensarlo, el Parnaso veo cerca. ¿Cómo, pues, no he de darle la gran coba a la estupenda y majestuosa puerca?

¡Adelante; el que a buen árbol se arrima gloria y honores en el acto gana! ¡Sean las excelencias de mi rima homenaje rendido a la marrana!

Mas meditemos. ¿No será más cuerdo que con mi lira y su dorada cuerda cante primero al agradable cerdo y acto seguido a la preciosa cerda?

¿Porqué mis versos he de ahorrar, mezquino, cuando con poco esfuerzo se adivina que los mismos elogios que al cochino los puedo dedicar a la cochina?

Si al cantar no exagero ni desbarro ni me subo, frenético, a la parra dejaré satisfecho al tierno guarro y encantada a la amable y dulce guarra.

El jamón que a mi boca ansioso acerco, y que me gusta más cuanto más cerca, ¿sé, por ventura, si salió de un puerco o si procede de una pobre puerca?

Pues por esa razón, es liso y llano (¡y lo digo porque me da la gana!) que al hacer unos versos al marrano se los haga también a la marrana.

Ahora bien: como estoy ya fatigado, los versos dejaré para otro día; primero, porque no estoy inspirado y segundo, porque alguien me ha avisado que esto es una feroz cochinería.

NÉSTOR O. LOPE

EL HUMORISMO EXTRANJERO

FRANZ VON STUCK

Aquí tenemos un pintor conocidísimo y famoso por aquella parte de su obra, que llaman «obra seria», pero casi desconocido en sus manifestaciones festivas.

Este hombre, sin embargo, tuvo el buen acuerdo de convertirse al buen humor.

Franz von Stuck se ha ganado fama, dinero y hasta creo que el *von*, pintando unos cuadros que, en el fondo—y en la forma—, son bastante malos, y que, si no son malos, son peores, desde luego, que muchos cuadros de muchos españoles, que no tienen *von*, ni dinero, ni casi fama.

¿Cómo se explica este fenómeno? Pues se explica de muchas maneras, que estudiaremos cualquier día. ¡Cualquier día! Hoy, demos la explicación del buen humor.

Franz von Stuck comenzó su renombre con un cuadro: *La guerra*. Lo tomó en serio y pintó un cuadro de esos que llaman de fuerza. Un guerrero, desnudo por más señas, se pasea indiferente, lanza al hombro, montado en un caballo percherón, que pisotea al pasar a una muchedumbre de vencidos, desnudos también, por supuesto, que yacen, exánimes, cubriendo el suelo todo, hasta el confín. El cuadro era, realmente, asombroso: hemos estado años y años creyendo que había expresado «una gran idea» y que era la obra de «un tío», grado de parentesco que consagra, en arte, definitivamente, a quien lo alcanza. Pero, ¡no! él no era tan tío como nosotros primos. Aquel montón de hombres tirados por el suelo, ni están muertos ni heridos, ni sufren, ni han luchado en su vida con más que con el sueño: están durmiendo todos, y cuando el caballo los pisa, tienen el

gesto de retorcimiento inconfundiblemente genuino de quien se despereza. Aquel patético campo de vencidos, resultaba, en resumen, un épico montón de vencidos por la modorra. La tierra toda era una gigantesca cama redonda, aunque un poco achatada por los polos.

El autor o los clientes comprendie-

cuadros una peculiar alegría en el color y un matiz picaresco y maligno, aunque con inocencia, propio para llenar los hogares burgueses con graciosa paganía de salón, paganía de buenas formas, que no dice ninguna inconveniencia, pero que mantiene viva entre las jovencitas de la casa la nostalgia de una edad dorada y de mil co-

lores, en donde el retozo era libre y la picardía encantadora. Había en aquellos cuadros tal modernidad en la evocación de los tiempos mitológicos, que las niñas muniquesas, previamente informadas en la Universidad acerca de la cultura helenizante, podían compaginar su inquietud juvenil con los conocimientos arcaizantes y llegar a una sintética orientación, en donde el Parque Inglés, de Munich, o el jardín del hotel, fuesen los campos de la Hélade, y Fritz, el primo carnal, hiciera de satirillo, también carnal, y jugar al neo-helenismo con su prima, ninfa ella, los días que no hubiese colegio.

Los otros temas de la preferencia del pintor, son culturales también, desde luego, pero para personas mayores.

Sus varias *Salomé*s pertenecen todas ellas a la enseñanza superior.

Gracias a esta disposición de temas, de atractivo creciente y graduado—como todo sistema pedagógico moderno—, estableció Stuck una obra concéntrica, que va del sátiro a la satiriaris, y todo quedó en casa, en casa del comprador. Hoy tiene Stuck una villa de su propiedad, tan magnífica y opulenta, que se ha editado un libro lujosísimo dedicado todo él a su descripción textual y fotográfica. Y es fama que gana al año cantidades considerables, no ya por pintar cuadros nuevos, sino por repetir dos o tres



ron que había en aquel pintor un hombre que hacía reír aun cuando se quisiera poner serio. El campo del buen humor se le ofrecía, pues, como el verdadero camino. Y lo emprendió.

Dos o tres temas únicos glosa y replica desde entonces: temas de sátiros y ninfas, de una mitología convencional y juguetona; temas legendarios con vistas a un erotismo crepitoso; temas religiosos, como la Crucifixión, por ejemplo.

No son estos últimos asuntos los que le absorben la atención. En cambio, sí los otros. Los temas de sátiros y ninfas juguetonas adquieren en sus



lo y de los que van a caballo, se luce el infeliz.

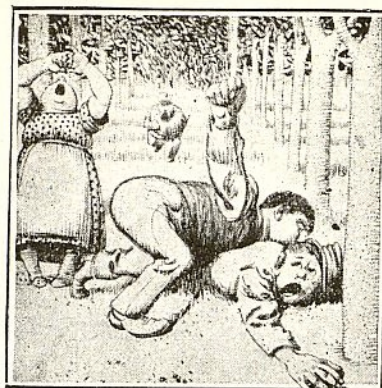
Pero tiró por la vía del buen humor, le dió el humor buenísimo de dar gusto a la gente, y ahí le tenéis triunfante.

Damos en estas páginas dos muestras de sus diversiones, poco conocidas, como caricaturista.

Decimos dos, porque el autorretrato nos parece tan caricaturesco como la historieta.

Nunca consiguen los alemanes resultados tan caricaturescos como cuando se ponen serios.

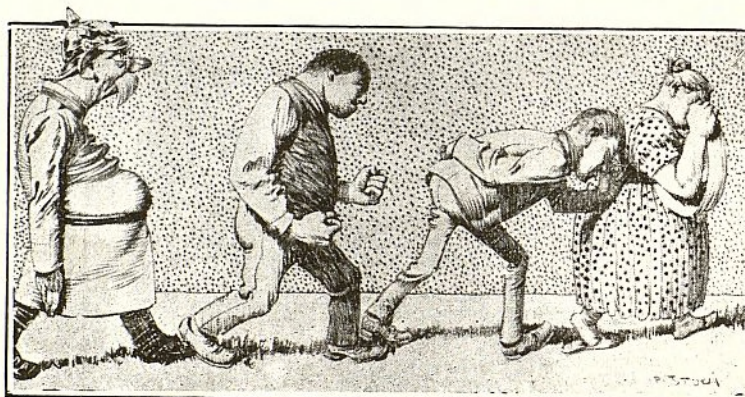
Y ese medallón, desde la cara del



temas que han hecho furor entre los clientes. El comprador no quiere una obra de Stuck, por lo visto quiere el sátiro X, la ninfa Y griega, o la Salomé S.

Todo el éxito vino porque cambió de humor.

Si llega a continuar pintando consideraciones profundas acerca de la guerra, de los que duermen en el sue-



señor y el cuello almidonado y la corbata, hasta la idea de ponerle el marco ad junto, con los centauros, las columnas y el estilo de gran envergadura tradicional, es, como puede verse, un caso ejemplarísimo de caricatura, mal que le pese.

MANUEL ABRIL

Historieta por von Stuck.

DE AYER

Fué la historia de siempre: verla y amarla y seguirla los pasos con loco empeño. ¡Paca de mis amores, ¿cómo olvidarla, si ella fué mi alegría, si fué mi sueño?

Porque aquella chulapa de mis amores, era de esas que llevan a la locura; todo encanto y aromas, luz y colores; todo sol y pimienta, todo hermosura.

Nos vimos una noche por vez primera bailando en la verbena de San Antonio, y me gustó la chica de tal manera que hasta me atreví a hablarla de matrimonio.

Y al oírme la chica, naturalmente, se rió en mis bigotes de tal audacia, y aunque siempre fuí calvo completamente ella me tomó el pelo con mucha gracia.

Yo le escribí sonetos y madrigales que las gentes leían en los papeles, exaltando sus formas esculturales, modeladas sin duda por Praxiteles.

Pero aquella maldita, como era un cardo y era inútil tratarla con tanto mimo, contestaba a las flores del pobre bardo llamándome «asaúra», pelanas, primo...

Yo pasé por su culpa días fatales, con calma que en un hombre no se concibe

y sufrí tres palizas monumentales que me dió su padastro, que era un caribe.

Sólo por conquistarla yo hice derroches y me gasté con ella más de lo justo, llevándola al teatro todas las noches a que viera la pieza más de su gusto.

Loco y desesperado, seguí el asedio con regalos y toda clase de tretas... ¡Solamente en claveles en año y medio me gasté muy cerquita de tres pesetas!

A todos los recursos que encontré a mano apelé en mis amargas tribulaciones; pero todo era inútil y todo en vano: ¡ella no se rendía ni a tres firones!

Yo entonces, aburrido, cambié de ideas y además, ya cansado de hacer bobadas, le dije cuatro o cinco cosas muy feas y le di de propina dos bofetadas.

Y cuando yo esperaba que un puñetazo premiase fieramente tal felonía, la chica, entusiasmada, me dió un abrazo y me dijo en el colmo de su alegría:

Así me gusta verte: sañudo y fiero; esto es lo que se llama querer de veras; así es como me gustas, como te quiero. ¡Así es como yo quiero que tú me quieras!

MANUEL SORIANO

EL PERFECTO CARACOL

Don Dióscoro iba de mal en peor. Ni todo el protomedicato reunido hubiera podido asegurar qué demonios padecía aquel ciudadano, que sin sentirse enfermo ni tener dolores, no estaba bueno y se quejaba. ¿Neurastenia? ¡Qué listo eres, lector!

Te has equivocado, como se equivocaban todos los doctores, que se creían tener el huevo de Colón con ese diagnóstico. Ni don Dióscoro era neurasténico, ni ése es el camino de Vallecas.

Precisamente, nuestro hombre se había sonreído de la enfermedad esa, como si estuviera presenciando el estreno de un drama romántico. No era por ahí, ¿falta de dinero? Tampoco, y cuidado que ésta es una de las causas más seguramente enfermizas que existen y salen al paso de cualquiera ciudadano. ¿Qué le sucedía, entonces, al buen hombre?

—Dióscoro, repétale con frecuencia su señora—y qué señora para hacerse mahometano!—de mañana no pasa sin que veas a un médico. Ellos son la Ciencia.

Don Dióscoro se encogía de hombros, además que significa lo mismo en todos los idiomas y que puede aplicarse igualmente por un chino, para decir

que Confucio le tiene sin cuidado, que por uno de Villafranca de los Bierzos, cuando le pregunten su opinión acerca del Greco. Por eso, don Dióscoro, a las reiteradas instancias de su mujer—ya hemos quedado en que ¡vaya mujer!—respondía con una indiferencia tan glacial, que si se la compra barata un horchatero, hace su felicidad en horchata. Pero como no era cosa de tener disgustos conyugales, por un quitame allá esa receta, el pseudoenfermo sintió en enseñarle la lengua a un señor con calva y gafas de oro. Hete —¡caray y qué palabra más bonita—hete a don Dióscoro frente al médico sometido a más minucioso examen que si se presentase a unas reñidas oposiciones.

—A ver la lengua. Admirable. Podría usted pegar con ella todos los sellos que se despachan en un estanco. ¿El pecho? Formidable, como para que el sastre le cobre quince duros por un chaleco. ¿La espalda? Caramba, puede usted sólo cargar con un piano. El... La... todo está perfectamente. ¿Usted qué siente?

—Siento... el haber venido, quiero decir el estar frente a usted, sin saber explicarme. No me siento bien.

—¡Ah!... Es en... el... vamos, al sentarse.

—No, señor; no, es del verbo sentir, no del de sentar.

—¡Oh, ya! Un pequeño calambur. Pues en vista de que no tiene usted nada, vamos a ver si se lo quito. Lo que tiene es grasa.

—¡Ay, qué gracia!

—Gracia, no; grasa. Desde mañana sólo va a comer vegetal.

¿Usted conoce al caracol?

—¿Al caracol? ¿Al inventor de las escaleras de ese nombre?

—No; a esos bichos que andan siempre con la casa a cuestas, como si hubieran del recaudador del impuesto del inquilinato...

—Claro que los conozco. ¿Tengo yo también?...

—No, hombre; los va usted a imitar sólo en la alimentación. Vegetales, exclusivamente vegetales. Desde hoy, deja de ser quien es, y pasa a ser un caracol.

Don Dióscoro comunicó a su esposa —quitémonos el sombrero ante ella— el resultado de la entrevista.

—¡Vaya gracia!—dijo la arrogante mujer—porque como arrogante, lo era un rato largo—; de modo que habrá que llamarte el señor Caracol. ¿Quieres una lechuguita?

—Llámame como quieras, todo se reduce a que yo no conteste.



¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD. ALEGRÍA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa

A la hierba se dedicó el héroe de esta pequeña y singular aventura, y entre las chirigotas de su costilla—¡ay qué costilla para un arroz fuera de puertas!—y la alimentación vegetariana, don Dióscoro comenzó a transformarse de tal modo que, a veces, se tiraba al suelo en el jardín de su casa o en pleno Retiro, y comenzaba a comer del mullido césped con la misma fruición que si se tratase de un delicado manjar. Era el perfecto caracol.

Pasado algún tiempo, volvió a casa del médico.

—¿Qué tal, amigo? ¿Se ha cumplido lo que le dije?

—¿Que si se ha cumplido? Del modo más absoluto. Soy un caracol por completo. Mire usted.

Se quitó el sombrero, y el médico se quedó asustado. ¡Le habían salido cuernos!...

A. R. BONNAT

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA MUJER DEL CLOWN

POR ALBERT JEAN

Barbinetti hacía reír a los chiquillos y soñar a sus madres. Lo mismo cuando daba el salto de la carpa que cuando recorría la pista andando sobre las manos, con mucha más gallardía que sobre los pies, el clown estaba seguro de alegrar las caritas pueriles de los bebés y de acelerar el ritmo de los corazones femeninos, menos pueriles que las caritas. Los únicos seres a quienes él no conseguía divertir ni emocionar eran sus hijos, a los que tachaba de imbéciles, y su mujer legítima, a la cual solían hacerle muy poca gracia las piruetas nocturnas que el artista ejecutaba fuera del circo y ante público más limitado, tan limitado que no lo formaba más que una sola persona, aunque ésta era diferente cada día.

Madame Barbinetti no acertaba a explicarse por qué clase de aberración de su espíritu se había casado con aquel hombre. El rostro enharinado la hipnotizó, sin saber cómo, un jueves por la tarde en que ella llevó al circo a sus sobrinitos. Y el clown no tuvo más que dar uno de sus saltos para caer sobre el tierno corazón de la amable tía y hacerle un pedazo.

Mientras Barbinetti limitó su deslealtad conyugal a traiciones pasajeras y anónimas, su esposa lloró en silencio y hasta tuvo el heroísmo de decir a la portera que era la más feliz de las mujeres casadas con clowns que hubiese en el mundo; pero un día la misma portera, sin saber el estrago moral que iba a producir en el alma de su vecina, advirtió a madame Barbinetti que acababa de instalarse en el piso superior una bella inquilina en unión de unos bellísimos muebles acabados de comprar.

La esposa del clown no necesitó más que este breve informe, unido a un encuentro con la vecina nueva, cuyos labios pintados y cuyos cabellos cortos aceleraron sus sospechas, para afirmar rotundamente, aunque en voz tan baja que no la oyó más que ella misma, que Barbinetti había sido el firmante del contrato de inquilinato de la hermosa desconocida.

El mismo Barbinetti, dos días después, acabó con el pequeñísimo resto de duda que pudiera caberle a su mujer, diciéndole alegremente que tenía en la casa una antigua amiga y compañera de trabajos y de éxitos. Madame Barbinetti creyó la mitad de lo que el clown le dijo, pues demasiado sabía ella que aquella muchacha delgada, pálida y espiritual no podía ser nunca artista de circo. Los artistas de circo son magras, forzudos, coloradotes y con los pies muy grandes. Aquella vecina, por tanto, tenía que ser únicamente amiga de Barbinetti. Y esto ya era bastante. Mejor dicho, ¡era demasiado!

La amistad tiene sus derechos, no obstante, y el clown, fiel a ellos, no tuvo más remedio que dedicar un par de horas diarias a visitar a su entrañable amiga, cosa que hacía a pesar de las protestas de madame Barbinetti, y mientras ésta le preparaba la cena, algunas de cuyas salsas, inundadas con las lágrimas de la burlada esposa, le sabían luego a demonios a Barbinetti y le hacían exclamar: «¡Hasta guisando, que antes lo hacías bien, te estás poniendo imposible! ¡Tendré que tomar una cocinera!»

Amenaza que surtió su efecto, pues desde entonces la esposa del payaso se sorbió sus lágrimas ella sola, temiendo que la cocinera *prometida* la quitase lo poco que la vecinita la dejaba a ella.

Una noche, sin embargo, se rebeló. Seis meses llevaba ya Barbinetti subiendo al piso superior a complementar a su compañera, sin que la escena fuerte entre los dos conyuges se hubiese verificado. Aquel día, volvió el clown de la calle con una afonía espantosa y entró en el comedor donde su mujer le bordaba una luna, en el cuarto creciente, en el cuarto trasero del pantalón.

—¡Prepárame una inhalación y un baño de pies con mostaza!—ordenó el tirano con una voz que no fué estentórea porque ya hemos dicho que estaba afónico, pero que él hubiese querido que lo fuera.

—¿Estás malo?—interrogó la pobre payasa consorte—. ¿No podrás ir al circo?

—¡Iré—dijo el monstruo—. Y además, antes de cenar, he de ir a llevar un recado arriba, a mi antigua y cariñosa amiga.

Madame Barbinetti estalló.

—¡Eres un miserable! ¡Cada día estoy más arrepentida de haberme casado contigo! ¡Debí comprender, al verte

en el circo andar sobre las manos, que ésa era tu postura habitual y lógica y que pensabas con las patas!

Barbinetti, indignado, agarró una vieja palmeta con la que había golpeado a más de doscientos *augustos* y la esgrimió concienzudamente sobre su amante compañera de tálamo.

—¡O me preparas la inhalación y me traes la mostaza para el baño de pies, o te hago un acto de drama!... ¡Hala, imbécil!... ¡Y trae el agua bien caliente!... ¡Hirviendo, que es como la necesito para la inhalación!!

Madame Barbinetti bajó la cabeza y desapareció en dirección a la cocina. El aplaudido humorista, encantado, se descalzó, vertió el agua fría en su baño de pies y sumergió en él sus extremidades peludas. Todavía dió un grito conminatorio:

—¡La mostaza, idiota!

Y la infeliz idiota se la remitió con uno de los niños que, aterrados, habían presenciado la escena, sin acertar a comprender cómo aquel hombre tan agrio y tan bruto hacía desquijarse de risa a la gente en el circo.

Barbinetti se abismó en la lectura de un periódico deportivo hasta que su mujer volvió a aparecer con una cacerola de aluminio en la que bullía el agua hirviendo, cuyo denso vapor empañó los espejos y los cristales de la lámpara. Madame Barbinetti venía transfigurada, espantosa, con un gesto de feroz resolución en la cara que el clown no pudo ver.

—¿Insistes en ir a visitar a tu vecina?—preguntó con voz más ronca que la de su marido.

—¡Claro que insisto! ¡Y te recomiendo otra inhalación, porque veo que te he contagiado la afonía!

—¡Pues bien, toma para que hagas la visita!...

Y súbitamente vertió sobre las piernas y los pies de Barbinetti toda el agua hirviendo que contenía la cacerola. El payaso lanzó un alarido, en el que se le fué como por encanto la afonía, y levantó sus pies abrasados y rojos como tomates en los que el agua había pintado llagas y roseolas estupendas. La vengadora, triunfante, viendo en sus ojos lágrimas de dolor y en su frente cataratas de sudor espeso, preguntó:

—¿Y ahora? ¿Cómo vas a ir ahora a visitar a tu amigueta? ¡Quisiera verte subir la escalera, hombre!

Barbinetti, ante la horrorosa pregunta irónica de su mujer, se reanimó.

—¡Pues estás equivocada, querida mía!... ¡Iré a ver a esa señorita! ¡Y en seguida, para no hacerla esperar! ¡Mira!

Y dignamente, serenamente, tranquilamente, se dirigió a la puerta y salió a la escalera..., andando sobre las manos, y con los pies para arriba, como en sus felices actuaciones en la pista.

P. L. M.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

R. T. Zeluán.—¡Pero, hombre! ¿Usted no ha visto que nuestro periódico se titula Buen Humor? ¿Cómo quiere usted que publiquemos esos versos, que son más serios que un capelo cardenalicio o que una palabra de casamiento?... ¡En esta casa, ya lo sabe usted, o la chirigota o la muerte! ¡Preferimos, claro es, la chirigota!

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 1059

Angel. San Sebastián.—No nos ha gustado *El arroz*. Remita otro plato, a ver.

R. de P. Madrid.—Su tragedia fotográfica ha ido a veranear a Cestona. ¡Y lo malo es que ya no volverá!

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

P. T.—Admitida, y se publicará en breve, su panorámica comedia del perro chico deglutido. Está graciosa, sí, señor. ¡Le felicitamos y nos felicitamos!... ¡Así da gusto!... ¡Con lo que nos alegraríamos nosotros de poder decir a todo Cristo lo mismo!...

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

A. G. R. Ferrol.—No sirve su envío. Siga usted con la Anatomía y a ver si llega usted a ser un Camisón. Literariamente, es usted una camiseta.

M. M. G. Madrid.—Bien el estilo. Desagradable el asunto. Y desagradable para nosotros el tener que decirle que Dios le ampare, y que otra vez será.

Sanacruz.—Usted, en cambio, es gracioso, pero dibujando tiene usted que apretar más.

Ya lo dijo el poeta (¡¡!!):

nunca hay dicha completa...

César. Meilla.—Agradecemos sus consejos en lo que valen, suponiendo que valgan algo, y para que usted vea palpablemente hasta dónde llega nuestra gratitud, vamos a pagarle a usted con otro consejo: que no escriba *erudición* con dos ces porque con una tiene bastante y suena mejor, y que no ponga *puyas* con y griega porque las puyas con y griega no se deben poner más que en las plazas de toros, y en número de tres, para que no haya banderillas de fuego ni se disgusten los ganaderos.

Máquina de escribir

UNDERWOOD

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39.-MADRID

¿Quiere usted otro consejo más? ¡Pues allá va! ¿Por qué no funda usted un semanario para hacernos la competencia y derramar en él la sal que a usted y a sus entrañables amigos se les vierte a raudales y por la mar (¡la mar *salá!*) de sitios?

Prueben a hacerlo y es seguro, es viejo y valetudinario, que Buen Humor fallecerá de celos, de rabia, de amargura, de despecho y de etcétera, etcétera.

¡Es usted muy grande, mi amigo! ¡Tan grande que estamos ciertos de que usted no cabría en nuestras columnas!

Y no es pulla. (Aunque aquí no hablamos nunca demasiado en serio, porque eso es para los *eruditos*, dicho sea con arreglo a su novísima interpretación de la gramática).

L. N. M. Valencia.—Aceptado su leve artículo titulado *El cambio de hora*. Se publicará y se le anticipa la enhorabuena, acostumbrada en esta casa, por dictados de nuestra galantería que es proverbial hasta en el Cabo de Buena Esperanza.

A. L. S. Cartagena.—Uno de los trabajos es Ernesto Polo *clavao*, pero muy mal *clavao*. El otro es ya una categórica demencia. Si lo publicásemos, correría un serio peligro su preciosísima vida. Y como no creemos que usted tenga interés en andar por ahí de cadáver putrefacto, nos abstenemos de darlo a la imprenta.

M. Davies.—Abracadabrante *mademoiselle*: los dibujos no están mal, pero los pies son fatales. ¡Y si viera usted el espantoso trabajo que nos cuesta decir a una señorita que no nos gustan sus pies!... ¡Como que es la primera vez que nos ocurre en nuestra larga y ancha vida!...

Gil Gil.—¡Mal! ¡Mal!

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

M. G. B. Cuarto Carretero.—Sigue usted sin acertar, egregio pollo; pero todo es cuestión de paciencia. Consuélese usted pensando que el despreciable individuo que le está escribiendo a usted estas cortas líneas, empezó todavía mucho peor. ¡Y además, acabará muy mal!... Se lo han pronosticado la mar de amigos, parientes cercanos, deudos y deudas.

Pardo de Lama.—Hemos admitido un dibujo, y no hemos hecho lo mismo con el otro, porque el chiste es fúnebre y profervo. Mande más, pero, ¡por la Santa Virgen del Socorro!, cuide los chistes. Dibujar lo hace usted como quisiéramos que lo hicieran todos, para no tener disgustos: bastante bien.

Madrinas de guerra.—Las piden unos, las ruegan otros y las exigen imperiosamente varios de los gallardos y valientes defensores de la Patria, que se citan acto seguido: José M.ª González Cillán (legionario, quinta bandera de la décima octava compañía; García Uria, Ceuta); Jaime Serrano (oficial del regimiento de Infantería del Serrallo; Ceuta).

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

F. M. Madrid.—Ha sido usted precipitado en el cesto, por lo que le damos el más hondo pésame, aunque también con galantería suma e inimitable.

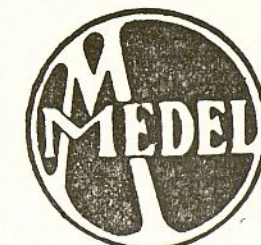
FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

Camouflage. Madrid.—Si nos enviase usted otra cosilla un poco más graciosa que la que nos ha mandado, no haría usted ninguna tontería. ¿Qué le parece a usted?

Dibujos fenecidos.—Los de los señores Cayo Crispo Salustio (de Coruña), Pablo Pérez (de Haro), García Abal (de Vigo), E. Granados (de Jerez de la Frontera), R. de Federico (de Madrid), López (de Murcia), Aderga (de no se sabe dónde), Roncesvalles (de Barcelona), Abul-Thadin (de Melilla) y Lesmes (de Barruelo). Este último y bellísimo sujeto remite además unos versos que, aunque de una insignificancia realmente pueril, no son tan deplorables como el dibujo, ni mucho menos.



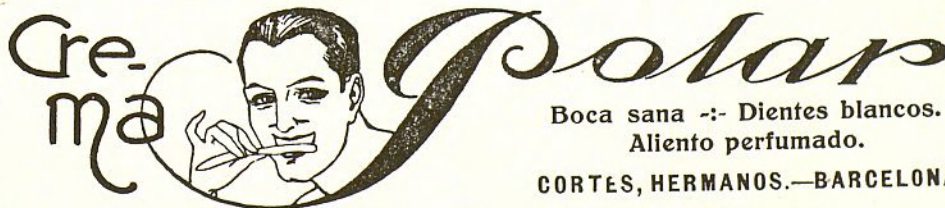
GRAN VÍA, 18

JUGUETES

COCHES DE NIÑO

N. M. Naval moral de la Mata.—Su descompuesta composición titulada *Alma pervertida* y dedicada a su inolvidable y simpatísima amiga María Inocencia de la Cruz, chorrea pesimismo, dolor de corazón (y de cabeza), desesperación, sangre y exterminio. Sobran desgracias y falta, ortografía que es lo peor. ¡En fin, que la cosa no tiene arreglo, ni en este mundo ni probablemente en el otro!...

¡Qué lo vamos a hacer! ¡Paciencia!



Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PÉSETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el verano cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

En un cuartel.

—¡Juan Gómez!—voceó cierto sargento al pasar lista, refiriéndose al *pistolo* Juan Cebada Gómez. Y como éste le hiciera notar que había omitido su primer apellido, el sargento, echándose las de humorista, le dijo:

—¿Tanto te gusta tu primer apellido, que lo echas en falta?

A lo que repuso el quinto, sin inmutarse:

—Más le debe de gustar a usted, que se lo come.

B. B. ACIT (La Lechuza).—Madrid.

Entre actores cinematográficos.

—¡Oye, Carlton: mañana trabajo en una película americana!

—¿Y qué vas a hacer?

—El indio.

Ricardo de Pablo.—Madrid.

En la puerta de una tintorería.

—Mira, aquí pienso limpiarme mi terno gris. ¿Sabes tú si limpian bien?

—¿Bien has dicho? ¡Admirablemente, amigo!... Figúrate que el año pasado traje yo el mío para que me lo *limpiasen*, y ésta es la hora en que no me lo han devuelto.

Lareca.—Bilbao.

En la estación del Norte.

—¡Mozo! ¿A qué hora sale el tren de las ocho y cuarenta y cinco?

—¡A las nueve menos cuarto, caballero!

—¡Que siempre han de estar variando las horas de los trenes!...

E. de M.

—¡Usted me dijo que este lorito repite todo lo que oye!

—Sí, señor.

—¡Pues no repite ni una palabra!

—No haga caso e insista. ¡El repite lo que oye; pero como es sordo, no oye casi nada!...

R. G. G. P.

Entre estudiantes.

—¿Cuál es el procedimiento de freír matemáticamente los huevos?

—No sé.

—Pues los elevas al cubo, y en cuanto se caigan, se estrellan...

Manuel Romero Gómez (Corín).

Entre niñas:

—Si vieras qué negro es mi carbonero...



Blancura de cutis se obtiene con el empleo
de

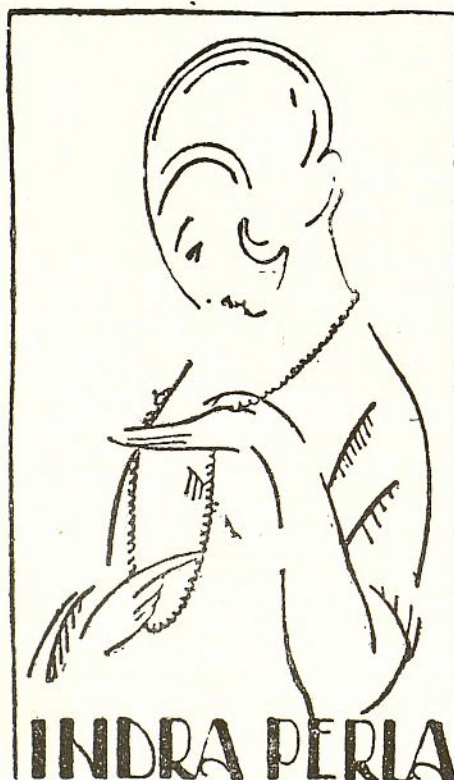
Crema BELLA AURORA

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA

ANTONIO DALMAU

BALMES, 51. — BARCELONA

4



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautories, Aretes. Botones de percha y Alfileres de corbata.

EN TODAS LAS JOYERÍAS

—Más negro es el mío. No se le ven más que los ojos. ¡Y si cierra los ojos, no se le ve nada!

José M. Conde.

En la estación de Guadalajara una señora pierde el corto y se presenta al jefe para hacerle la reclamación. El jefe, muy atento, la dice:

—¡Señora, no estaría usted en la estación, porque cinco minutos antes de la salida un empleado dice: «¡Señores viajeros, al tren!»

—¡Sí! ¡Pero a las viajeras no nos ha avisado!...

Pedro Vizcaino.—Madrid.

—¿En qué se parece un café de camareras a una carnicería?

—En que suele haber jamón serrano.

Rojillo Morata.

—Oye, Ambrosio: ¿a que no aciertas por qué sabe el estómago cuándo le dan alimento?

—¡...!

—Pues porque, antes de llegar a él, toca la *campañilla*...

Santiago Santacréu.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un cesto lleno de frutas?

—Lq de encima.

Adolfo López.—Albacete.

En una casquería.

—LA PARROQUIANA.—¿Tiene usted morro?

—EL CASQUERO.—No, señora. ¡Estoy muy alegre!

Benjamín López.—Madrid.

—Y tu padre, ¿está mejor?

—Sí, señor. Esta noche ya no se ha quejado nada.

—Me alegro. Dile que luego irá a verle.

—Bueno; pero, si va usted, no vaya a casa, que esta mañana ha dicho mi madre que se lo iban a llevar al cementerio para que descansara.

J. Estepa.—Valencia.

—¿Porqué los trenes de mercancías no llevan pantalones?

—Porque chocarían.

Kun Kun.—Bilbao.

El premio del número anterior ha correspondido a Pope, de Valladolid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinosa. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. ZAPATA.—Madrid.

EN EL KURSAAL

- ¿Qué cocina prefiere usted, mister? ¿La francesa, la italiana?..
—No. ¡Yo querer comer a la española!